

Porqué, Dios mío

En el Antiguo Testamento, tenemos la historia de Job. Él se quejaba ante Dios por todo cuanto sufría. Sus palabras de enojo parecen el eco de las de mucha gente.

“Clamo a ti, y no me oyes; Me presento, y no me atiendes. Te has vuelto cruel para mí; Con el poder de tu mano me persigues. Me alzaste sobre el viento, me hiciste cabalgar en él, Y disolviste mi sustancia. Porque yo sé que me conduces a la muerte, Y a la casa determinada a todo viviente. Cuando esperaba yo el bien, entonces vino el mal; Y cuando esperaba luz, vino la oscuridad.” (Job 30:20-23,26).

Pasa un tornado, o un huracán destroza un país casi por completo. Víctimas humanas, incalculables pérdidas materiales. Dolor y sufrimiento generalizado y la pregunta que inevitablemente surge es: “¿Porqué? ¿Porqué?”. Es fácil preguntar por qué Dios permite que pasemos por situaciones penosas y duras y es difícil encontrar las respuestas. Sin embargo, las encontramos al darnos cuenta de que él sufre con nosotros.

El pecado introducido en el mundo por un hombre, pasó también a toda la naturaleza creada por Dios. El mundo tal como lo conocemos hoy no es el mundo que Dios creó. Nuestras decisiones influyeron negativamente en él.

“Porque también la creación misma será libertada de la esclavitud de corrupción, a la libertad gloriosa de los hijos de Dios. Porque sabemos que toda la creación gime a una, y a una está con dolores de parto hasta ahora; y no sólo ella, sino que también nosotros mismos, que tenemos las primicias del Espíritu, nosotros también gemimos dentro de nosotros mismos, esperando la adopción, la redención de nuestro cuerpo.” (Romanos 8:20-23).

La pregunta que más se repite en el dolor es ¿porqué Dios permite?. Pero ¿Le pedimos nosotros permiso a Dios para hacer lo que hacemos? ¿Le pedimos permiso a Dios para alterar el orden que Él creó? ¿Da Dios su permiso para que ocurran las calamidades?. No, Dios no autoriza estos males. Dios no permite el sufrimiento de quienes padecen porque Dios no desea el mal de nadie.

“Tú, pues, hijo de hombre, di a la casa de Israel: Vosotros habéis hablado así, diciendo: Nuestras rebeliones y nuestros pecados están sobre nosotros, y a causa de ellos somos consumidos; ¿cómo, pues, viviremos? Diles: Vivo yo, dice Dios el Señor, que no quiero la muerte del impío, sino que se vuelva el impío de su camino, y que viva. Volveos, volveos de vuestros malos caminos; ¿por qué moriréis, oh casa de Israel?” (Ezequiel 33:10-11).

Pero ¡Él podría evitarlo!... Sí. Claro que podría, y también podría obligarnos a ser de una determinada manera. A vivir y pensar de una forma concreta. Pero no es ésa su voluntad. Él quiere que todos seamos libres y en nuestra libertad decidamos conocerle, amarle y seguirle por caminos de vida y no de muerte.

“Exhorto ante todo, a que se hagan rogativas, oraciones, peticiones y acciones de gracias, por todos los hombres; por los reyes y por todos los que están en eminencia, para que vivamos quieta y reposadamente en toda piedad y honestidad. Porque esto es bueno y agradable delante de Dios nuestro Salvador, el cual quiere que todos los hombres sean salvos y vengan al conocimiento de la verdad.” (1ª Tim. 4:1-4).

No puedo, ni debo, ni quiero justificar a Dios porque Él no necesita justificarse delante de nadie. Pero déjame recordarte unas sabias palabras: “¿Porqué al caer no has sido deshecho? ¿No es acaso porque el Señor te ha alargado su mano?” (Jerónimo Savonarola).

Él no se ofende con nuestros ¿Porqués?. Él entiende nuestros miedos y nuestras preguntas. Jesucristo vivió entre los hombres y sufrió. Sufrió como nadie sufrió jamás, Él sufrió sin tener porqué hacerlo. Sufrió voluntariamente. Su sufrimiento supuso humillación extrema, rechazo, incomprensión, indiferencia, injusticia, dolor físico y aún la muerte.

¿Te has preguntado alguna vez porqué Jesús decidió sufrir voluntariamente?. La Biblia nos da la respuesta, lo hizo por nosotros. Por toda la humanidad entera. Jesús se identificó con nosotros y siempre está a nuestro lado. El dolor humano, a veces incomprendido e incomprensible, es nuestra participación en el sufrimiento de Cristo.

Una vez Jesús se halló envuelto en una tormenta. Aunque estaba en el mismo peligro que los apóstoles, pudo contestar las preguntas que ellos hicieron de una manera singular: “¿Por qué estáis así amedrentados? ¿Cómo no tenéis fe?” (Marcos 4:37-41).

Pr. Nicolás García